

**Inauguración Año Académico de la Facultad de Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile, 10 de abril de 2025
Cardenal Fernando Chomali G.**

Estimados hermanos y hermanas:

Es siempre una gran alegría volver a la Facultad de Teología, en donde durante varios años fui profesor de teología moral. Fueron años muy hermosos para mí porque conocí muy de cerca el sentir y el querer de tantos miembros de diversas comunidades religiosas y de estudiantes de distintas carreras fascinados por el quehacer teológico.

En primer lugar, quiero unirme muy de corazón a la inauguración de este año académico 2025, agradeciendo sinceramente la presencia y el trabajo de cada uno de ustedes, académicos, estudiantes y personal administrativo.

La Facultad de Teología, que no por casualidad está situada en el centro de este hermoso Campus San Joaquín, en realidad es y tiene que seguir siendo siempre el corazón de la reflexión universitaria, reflexión que nace de la palabra de Dios revelada al ser humano. Eso es exactamente una Universidad Católica, una verdadera universidad libre, que cultiva auténticamente las ciencias, las humanidades y las artes, pero que lo hace desde su fe en Cristo. Y allí se encuentra la preciosa vocación de la Facultad de Teología, aquella Facultad que desde la revelación en Cristo transmitida por la Iglesia, es capaz de iluminar el quehacer universitario, hacer crecer la reflexión teológica y servir a la misión evangelizadora de la Iglesia.

En este espíritu y con esa orientación, quiero compartir con ustedes una breve reflexión sobre la Palabra de Dios que la liturgia nos ofrece en el día de hoy, en este Tiempo de cuaresma, a las puertas ya de la Semana Santa.

Hemos escuchado, en el Evangelio, una parte del capítulo 8 del Evangelio de San Juan. Allí, Jesús está hablando en el Templo, para la Fiesta de las Tiendas, y nos dice de manera muy profunda quién es él. Durante toda esta semana hemos proclamado este hermoso capítulo: El lunes, Jesús nos decía “Yo soy la luz del mundo”; ayer miércoles, nos recordaba que él “ha salido de Dios y viene de él”; y hoy día, culmina esas palabras, asegurándonos que “antes que naciera Abraham Yo soy”, y nos invita a ser fiel a su palabra, porque “el que es fiel a su palabra no morirá jamás”.

Pienso que, en estas breves, pero muy densas palabras, Jesús nos da todo un programa para una Facultad de Teología. En efecto, Jesús nos decía que él conoce al Padre y es fiel a su palabra. Encontramos en estas palabras dos características centrales, que deben acompañar toda reflexión teológica.

En primer lugar, se trata de conocer a Dios, dentro de lo que es posible conocer de Dios. Porque, aunque es el Dios trascendente, se nos ha revelado en su Palabra hecha carne. Por eso, conocer al Hijo de Dios hecho hombre es conocer al Padre. Entonces es en la humanidad de Cristo, en su palabra humana, que además ha quedado presente de muchas maneras en la comunidad cristiana compuesta por hombres y mujeres frágiles, es allí donde encontramos a Dios. Por lo tanto, la teología tiene la enorme misión de investigar, reflexionar, comprender y explicar esa Palabra, para que el Pueblo de Dios pueda acceder cada día con más fruto al encuentro con el Padre, en Cristo.

Esto obliga a los teólogos, estudiantes y profesores, y a todo el equipo que trabaja en una facultad de teología a poner todo su empeño en una exigente capacitación intelectual y académica, y al mismo tiempo nos obliga a abrir ampliamente el corazón a la acción del Espíritu Santo, que ha inspirado toda la Revelación y nos acompaña hoy en nuestra tarea de comprender su misma revelación. En una facultad de teología tendría que darse una profunda unidad entre la rigurosidad científica, con todos los medios modernos de las ciencias humanas y de la cultura, junto a una profunda experiencia de fe y de comprensión sapiencial

de esta misma Palabra. El teólogo ha descubierto una Palabra en su vida de fe y, por eso mismo, la quiere escrutar, reflexionar y profundizar para poderla comprender mejor y ofrecer esa reflexión a la Iglesia.

Lo segundo que nos dice Jesús es que, conociendo al Padre, él es fiel a su palabra. La fidelidad, como don y tarea, aparece igualmente en la primera lectura del libro del Génesis. Allí Dios le ofrece a Abraham una alianza perpetua de amor y fidelidad, para que luego nosotros en Cristo seamos su pueblo fiel y él sea nuestro Dios. Aquí aparece una segunda misión de la Facultad de Teología.

Cuando la teología reflexiona sobre la fe y trata de purificarla de aquello que se aleja del verdadero rostro de Dios, cuando la teología intenta explicar los gestos y palabras de Jesús de una manera comprensible para la cultura y los anhelos del mundo contemporáneo, en el fondo, está ayudando a que todos los hombres y mujeres del mundo puedan acoger esta alianza que Dios ha sellado con la humanidad. Y como nuestra universidad es una comunidad abierta e inclusiva, en donde conviven creyentes y no creyentes, el servicio de la teología se hace todavía más urgente y desafiante. En medio de la universidad, la Facultad de Teología ha de ayudar a cada ciencia y técnica, a cada humanidad y expresión del arte, a transformarse y desplegarse como un camino profundamente humano de desarrollo, de servicio y de apertura la trascendencia divina. El convencimiento que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y que nuestra condición es corporal y espiritual a la vez nos lleva al convencimiento que la plenitud humana está en dejarse encontrarse por Dios y vivir según su voluntad.

Querido hermanos y hermanas, he querido entregarles esta reflexión para expresar, una vez más, el valor que le asigno a la Facultad de Teología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Les pido que nunca se olviden de su importante misión que es muy variada y multifacética: es ayudar cuidar la identidad de la Universidad y mostrar la belleza de su catolicidad como la entiende el extraordinario y siempre vigente documento de San Juan Pablo II ex corde ecclesia; es ponerse al servicio de la interdisciplina con el resto de las facultades; es ayudar a formar los

cristianos, laicos y candidatos a las órdenes y a la vida religiosa, para que su fe sea auténtica, actual y al servicio de la misión de la Iglesia; es también ofrecer a la misma Iglesia una reflexión seria, para que siempre permanezcamos en una actitud de conversión, purificando nuestra imagen de Dios y el camino cristiano que ofrecemos, y profundizando en cómo poder responder mejor al mundo de hoy en la evangelización y en el servicio al reinado de Dios.

Les agradezco profundamente su trabajo, me siento muy contento de estar aquí hoy día con ustedes, y les pido que me ayuden, desde su servicio indispensable, en mi ministerio como obispo. En este año jubilar, la inauguración del año académico debe estar marcado por la esperanza y la confianza en que Dios nos ayudará a todos a ser fieles a la propia misión en donde nos complementamos unos a otros, pastores, teólogos y laicos. Y me alegro mucho de tantos jóvenes. Es, sin duda alguna, un signo de esperanza que Dios nos regala. Dios bendiga a esta facultad, la haga crecer en sabiduría, en presencia, en verdad y en amor.